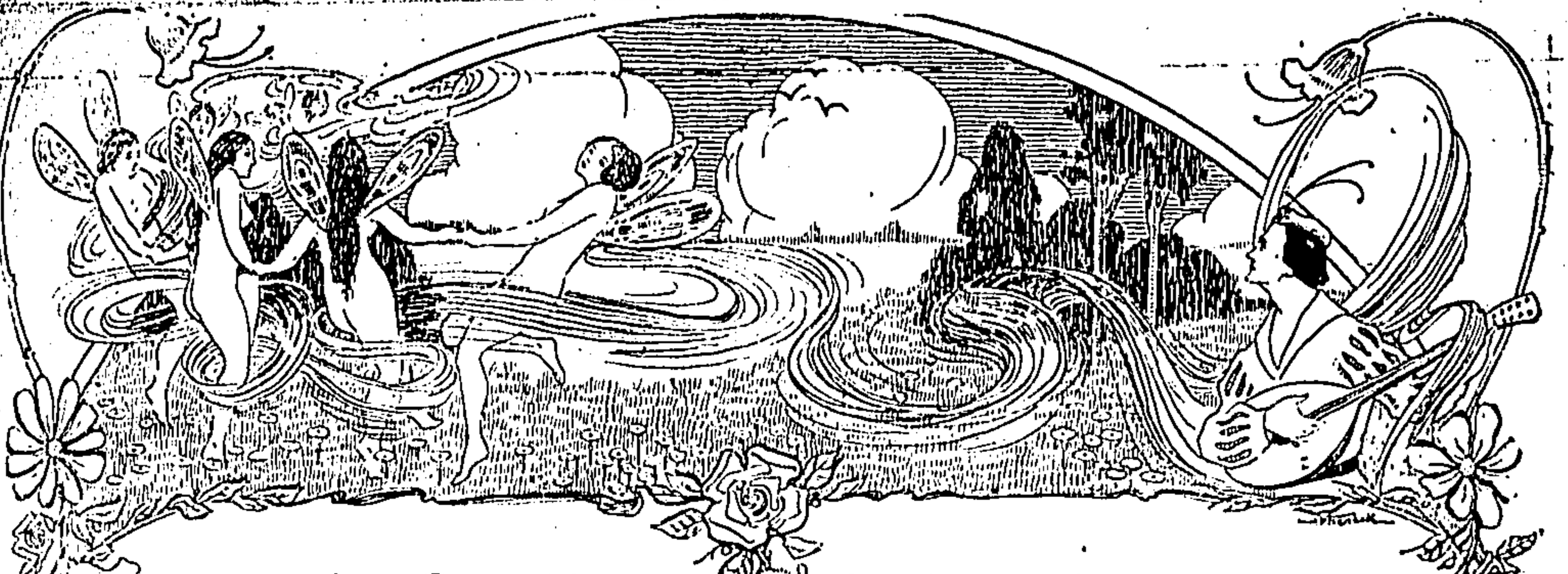

La Canción de las horas

(A Manuel de la Parra.)

En las tardes sonoras
cuyos ecos destilan un piadoso letargo
que revive quimeras, miro pasar el largo
desfile de las horas.

Es como si una danza de ideal argumento
que la vida construye y que acompasa el viento,
desarrollara un ciclo de escenas misteriosas
en el vasto escenario de las cosas.

Un preludio divino
prepara el corazón. Un repentino
asombro mueve el alma y dispone la mente...

Y surge una inocente
forma que se adelanta con ritmos concertados,
ambas manos al pecho y los ojos vendados.
¿De qué abismo profundo
viene, solemne y grave, en la gloria del mundo?
Sobre la frente bella,
la luz solar diluye un despuntar de estrella...
Es la hora en que el alma fué tan sólo un gemido
enigmático y breve. Y pasa sin ruído
con un andar sonámbulo por la terrena alfombra.
En plena luz, parece que camina en la sombra.

Un dulce són anuncia la presencia
de otra figura blanca. Brota como una esencia
de candor a su paso. Va vestida de nieve,
y cuando toca el mundo, a su pisada leve,
las sendas son jardines
en floración de lirios y jazmines.
¡Hora de la blancura!
¡Hora de la fragancia!
El ambiente se puebla de besos de ternura
y de risas de infancia.
Sol matinal inicia
un halo de virtud y de caricia.

Hay un lánguido arrullo
bajo el palio sin mancha de la comba del cielo,
y hay en cada capullo
un despliegue de ala y un augurio de vuelo.
¿Quién es aquella virgen coronada de rosas
del color de su veste? ¿Qué célica harmonía
va siguiendo sus pasos en la calma del día?
A la tierra sonríe, y su risa es un canto,
y se yerguen sus senos bajo el virgíneo manto
en loca rebeldía.

La acompaña una turba de alados y pequeños
niños que son la imagen de los primeros sueños.
Y va la adolescencia triunfadora,
y el sol pone en las cumbres pinceladas de aurora.

Una augusta visión viene más tarde...
El sol domina y arde
con sus más claras lumbres; los follajes espesos
de la selva encantada dicen cantos y besos.
Y el soberbio homenaje de las almas saluda
a una blonda doncella que camina desnuda
con los brazos abiertos por el campo sonoro,
cuatro veces manchada con estigmas de oro.
Un zumbo de cantáridas
aturde y enloquece... En las arenas áridas
hay un brote sangriento de rubias amapolas
que instalan el lascivo rubor de sus corolas.
El viento, en la encendida
fulguración del sol, quema la vida.

Y sigue la serena
hora de los crepúsculos. Un rumor decolmena
insinúa de lejos un meditar profundo,
y la piedad humana ante el dolor del mundo
llueve sobre la tierra al caer de las hojas...
En un volar risueño
de nubecillas rojas,
más alto que la vida va el ensueño.
Sobre la enhiesta cima aparece la noble
hora otoñal y santa;
ciñe en la frente el lauro, lleva en la mano el roble
y el abrojo en la planta.
Y la fuerza se afianza sobre el temblor del suelo
como un himno solemne del reposado vuelo.

Un rumor de campanas
vibra como un anuncio en las torres lejanas.
Una estrella furtiva
lucha con la penumbra pensava.
Hay un compás de espera
en la alucinación de la pradera,
y el espíritu augura
la llegada imprecisa de la hora futura...

En las tardes sonoras
cuyos ecos destilan un piadoso letargo
constelado de sueños, miro pasar el largo
desfile de las horas...

Enrique GONZALEZ MARTINEZ.

HEMEROTECA NACIONAL DIGITAL DE MÉXICO